LA PRESENCIA DEL SACERDOTE EN EL MUNDO SEGÚN PABLO VI

Autor: *Juan de Sahagún Lucas Hernández*•. *Profesor emérito de la facultad de Teología de Burgos.*

Es necesario inculturizar la fe, Pablo VI intentó con su doctrina orientar la nueva forma de ministerio. El autor la recoge en dos grandes apartados: La problemática del presbítero hoy y El sacerdote en el contexto sociocultural de los tiempos modernos. Entre la problemática señala la inseguridad ante el ejercicio de su ministerio, armonizada con la mentalidad de un mundo en continuo cambio. La identidad del sacerdote en ser agente de evangelización con capacidad de dialogar con el mundo.

DOI: https://doi.org/10.52039/seminarios.v47i162.931

La doctrina del papa Pablo VI sobre el sacerdocio ministerial fue recopilada en su mayor parte por Mons. Cipriano Calderón en dos obras tituladas *Sacerdocio Católico,* que recoge las alocuciones, las cartas anuales y los discursos a los sacerdotes de Milán desde 1955 a 1962, y *Siervos del pueblo,* donde se reúnen los escritos sacerdotales del papa desde los inicios de su pontificado hasta mayo de 1991[1].

• Juan de Sahagún Lucas Hernández, sacerdote operario, durante años profesor en la facultad de Teología de Burgos, consejero en la redacción de esta revista, falleció de forma repentina en Salamanca, el 29 de septiembre de 2001. Sirva la publicación de este artículo de sencillo homenaje a su vida dedicada a la enseñanza y su 'pasión' por la formación de los futuros sacerdotes, descanse en paz.

[1] G.B. MONTINI, *Sacerdocio católico,* Salamanca 1965. PABLO VI, *Siervos del pueblo. Reflexiones y discursos sobre el sacerdocio ministerial,* Salamanca 1971. Este artículo es la conferencia pronunciada por el autor en la Giornata di studio sobre "E1 sacerdocio en la obra y el pensamiento de Pablo VI en Salamanca, 8 de noviembre de 1971, organizada por el Instituto Pablo VI de Brescia.

Pablo VI traza la fisonomía del sacerdote de los tiempos nuevos

En estos documentos y otros posteriores, Pablo VI que, en opinión de Juan Pablo II, estuvo siempre atento a los deseos y a las aspiraciones de los hombres de su tiempo[2], traza con acusados rasgos la fisonomía del sacerdote de los tiempos nuevos. Quería a los sacerdotes capaces de estar en el mundo, pero sin identificarse con él. Tanto más diversos –comenta el cardenal G. Colombo– cuanto más inmersos en él; tanto más elevados, cuanto más presentes[3]. Entre la rebeldía de quienes deseaban construir ya la Iglesia del siglo XXI y la de quienes se obstinaban en mantener la del siglo XIX, el papa Montini supo, como apuntaba en su día el cardenal J. Wright, equilibrar la balanza y situar al sacerdocio ministerial en su adecuada perspectiva[4]. Y todo ello porque, aunque era un hombre radicalmente intelectual, poseía, sin embargo, una rica sensibilidad y unas dotes extraordinarias de precisión que le permitían expresar sus ideas en un movimiento concéntrico, contraponiendo entre sí los dos extremos que se necesitan y se complementan[5].

Pablo VI dejó escrito que «el sacerdocio católico constituye un mundo único en su género», de forma que «tiene que ser un hombre fuera de lo ordinario», ya que debe conjuntar en sí la transcendencia de su ministerio y la inmanencia del arte pastoral, porque «es él quien debe hacerse misionero, si quiere que el cristianismo permanezca y vuelva a ser fermento vivo de civilización»[6].

Aquí radica precisamente el aspecto inmanente de su misión específica que actualiza la vitalidad fecundante de su misma transcendencia. Llegar al hombre concreto, comenta el cardenal Jubany, que vive inmerso en su problemática cotidiana, para comunicarle la gracia redentora de Cristo, es la misión perenne del sacerdocio[7]. Un cometido difícil, ciertamente, a cuyo cumplimiento Pablo VI pretende ayudar con sus enseñanzas, porque está convencido de que, para servir a los hombres, es indispensable la inculturación de la fe, esto es, expresar

---

[2] Cf. *L'Osservatore Romano,* 7 agosto, 1991.

[3] Prólogo de G.B.Montini, *Sacerdocio...* Ed. C, 14.

[4] Prólogo de Pablo VI, *Siervos...* Ed. C, 11.

[5] Cf. G. MARTIL, *Pablo VI tergiversado*, Seminarios, 15 (69) 115-118.

[6] Cf. G.B. MONTINI, *Sacerdocio...*, e.c., pp. 245-252.

[7] N. JUBANY, *La figura del sacerdote a la luz del Vaticano II*, Seminarios, 14 (68).

esta fe con las formas culturales y vitales de cada pueblo y de cada momento histórico.

Para servir a los hombres es preciso inculturar la fe

Para comprender este rico magisterio sobre problemas tan complejos es necesario recordar que Pablo VI lo aborda en un contexto sociológico y eclesial sumamente peculiar, cuyas características y las líneas de actuación que requiere expone con precisión admirable en dos de sus encíclicas señeras: *Ecclesiam suam*, de 1964, y *Evangelii nuntiandi*, de 1975. Desde este contexto hay que entender e interpretar el pensamiento del papa Montini sobre el papel del sacerdocio ministerial en el mundo.

Para facilitar el seguimiento de nuestra exposición, la dividimos en dos partes. En la primera, de carácter introductorio, presentaremos la problemática del presbítero en el mundo de hoy tal como la describe Pablo VI. En la segunda recogemos el esbozo trazado por el papa de la filosofía del sacerdote en el contexto sociocultural de los tiempos nuevos. En esta segunda parte nos ajustamos al siguiente esquema: Conciencia de Iglesia de Pablo VI, su visión del hombre actual, y, finalmente, el papel del sacerdote en la relación Iglesia-mundo.

I. LA PROBLEMÁTICA DEL SACERDOTE ANTE EL MUNDIO ACTUAL. EL PROBLEMA Y ASPECTOS MÁS RELEVANTES

El problema

En el mes de septiembre de 1967 tuvo lugar en Lucerna un congreso internacional sobre el sacerdocio en el mundo secularizado de nuestros días[8]. El motivo que impulsó a los noventa participantes, venidos de once naciones diferentes, no fue otro que, según su propia declaración, la inseguridad general de los sacerdotes ante su ministerio y la insuficiencia de estructuras para ejercerlo. El cambio experimentado por el mundo moderno y el creciente proceso de secularización en todos los sectores de la vida obliga a repensar a fondo, con vistas a una nueva estructuración, la vida y la tarea de los ministros de la Iglesia y la orga-

El Congreso de 1967 constata la inseguridad del sacerdote ante su ministerio

[8] *Resoluciones del congreso sacerdotal de Lucerna*, Seminarios, 14 (68) 269-271.

nización pastoral. En las conclusiones, fruto de una larga reflexión, late un denominador común: la crisis sacerdotal ante la difícil tarea de armonizar los principios de la fe cristiana con la mentalidad de un mundo que se renueva sin cesar. Por esto solicitan, entre otras cosas, la apertura de nuevos cauces para una renovada comprensión del ministerio y para un estilo de vida pluriforme y flexible de los presbíteros[9].

Aspectos relevantes de la crisis

Pablo VI concreta la crisis: falta de identidad y de encarnación en el mundo

Pablo VI sigue de cerca estos acontecimientos y, en un alarde de nobleza y comprensión, entiende el problema de los presbíteros que se sienten extraños ante sus contemporáneos y ceden con relativa facilidad a la tentación de falsas identificaciones y de cómodos concordismos. Con la clarividencia que lo distingue concreta en dos los aspectos fundamentales de esta crisis: la falta de identidad del presbítero y su encarnación en el mundo[10]. Refiriéndose al último de estos aspectos, el papa describe sus rasgos y factores principales: la hostilidad del mundo a la acción pastoral, la carencia de medios para realizarla con garantía, la discusión interminable sobre la forma canónica del sacerdocio católico, su posición ambigua en el marco de la sociedad actual, su sensación de marginación y de ineficacia ante las exigencias de los tiempos[11].

Estos factores configuran una crisis de orden psicológico y sociológico que no sólo contribuye a desalentar a los que se encuentran en camino hacia el sacerdocio, sino que se convierte en elemento perturbador de quienes se han comprometido ya con él. Una problemática especialmente destructiva que tiene origen en la supervaloración de lugares comunes indebidamente divulgados, como la novedad amañada de ciertos estudios bíblicos, la inadecuada presentación de determinados fenómenos sociológicos y la excesiva autoridad concedida a hechos psicológicos y morales muy concretos[12]. Estos datos repercu-

---

[9] Sobre el tema remitimos a nuestro trabajo: J. DE SAHAGÚN LUCAS, *El sacerdote y el mundo secularizado*, Seminarios, 14 (68) 571-588. También: *Crisis de identidad. La problemática sacerdotal de nuestro tiempo*, Marova-Fontanella, Madrid-Barcelona, 1975, pp. 23-46.

[10] PABLO VI, *Siervos...*, e.c., pp. 117-118, 231, 350-351.

[11] Ibid., pp. 116-118.

[12] Ibid., pp. 140-142.

ten poderosamente en un amplio sector del clero que se muestra inseguro en su propia condición porque se considera al margen de la evolución social moderna[13]. Ante semejante panorama el papa propone dos puntos de solución. Primeramente invita a los sacerdotes a reflexionar seriamente sobre su fe para tomar clara conciencia de su identidad y de la misión que se les ha confiado. Al mismo tiempo les recuerda la necesidad de personas portadoras de verdades trascendentes y bondad sobrenatural para el mundo de hoy. En segundo lugar, asumiendo la doctrina conciliar y las conclusiones del Sínodo de Obispos de 1971 sobre el sacerdocio ministerial, traza un esbozo de la figura existencial del sacerdote en el contexto cultural moderno[14]. Está convencido de que es necesaria una respuesta rápida y segura, tanto en lo doctrinal como en la disciplina, con el fin de evitar que el poderoso fermento del Concilio Vaticano II se malogre en una perjudicial dispersión que atente contra la cohesión de la vida orgánica de los eclesiásticos. Esta respuesta, que va a configurar la existencia sacerdotal en el mundo, se nutre de la conciencia de Iglesia de Pablo VI, de su visión de la sociedad actual y de la función que corresponde a los presbíteros en las relaciones Iglesia-mundo.

Dos soluciones: conciencia de identidad y sacerdote en el contexto cultural moderno

II. LA FIGURA DEL SACERDOTE EN EL MUNDO ACTUAL

1. *Conciencia de Iglesia en Pablo VI*

Primero el arzobispo Montini y, después, el papa Pablo VI, no tuvo nunca una concepción especial de la Iglesia ni inventó una nueva eclesiología distinta de la oficial. Su sentido de la Iglesia brota de la doctrina común difundida especialmente durante el presente siglo, tanto por el magisterio eclesiástico, principalmente la *Mystici Corporis* de Pio XII y *Lumen gentium* del Vaticano II, como por los teólogos

---

[13] Ibid., pp. 296-297.

[14] *Presbyterorum Ordinis; Optatam totius,* También N.JUBANY, o.c.; J. Esqueda Bifet, *El sacerdocio ministerial en el Sínodo de Obispos de 1971*, Seminarios, 17 (71) 527-546; IDEM, *Estudio comparativo entre la doctrina sacerdotal del Sínodo de 1971 y el decreto PO, en Varios,* Los presbíteros a los 10 años de la PO, Facultad de Teología, Burgos 1971, 569-584.

de mayor relieve y solvencia de la época[15]. Le interesa, sobre todo, profundizar en esa doctrina a la luz de los acontecimientos más significativos de la historia actual con el fin de tomar conciencia clara de lo que es la Iglesia en si misma, su propio misterio, y de la función que está llamada a desempeñar en la sociedad que nos toca vivir. Más aún, trata de confrontar la imagen de la Iglesia que concibió Cristo con el rostro real que presenta hoy al mundo. Su propósito no es otro que el de una sana renovación inspirada en el contraste de la realidad histórica de la iglesia con el modelo propuesto por el mismo Jesucristo al fundarla[16]. Pretende el papa que la Iglesia, a la par que adquiere un conocimiento más exacto de su identidad, determine con acierto los medios aptos para ponerse en contacto operativo y benéfico con la humanidad que tiene que salvar[17]. Fruto de esta reflexión es la conciencia que adquiere de la Iglesia como cuerpo místico, como edificio construido por el mismo Cristo y como instrumento de salvación de los hombres. Estos tres elementos constituyen el armazón del sentido de Iglesia bajo el cual quiere que se emprenda la renovación necesaria.

Iglesia: cuerpo místico, edificio instrumento de salvación

1) *Cuerpo místico.* La Iglesia es un organismo vivo, cuyo principio vital es Cristo que, unido a todos y cada uno de los miembros, les confiere vida personal y colectiva y los organiza en una estructura visible operativa y dinámica. Su constitución jerárquica es fundamental, de suerte que esta dimensión es factor imprescindible de su unidad y cauce de funcionalidad orgánica en su peregrinar histórico[18].

2) *Edificio construido por Cristo.* Aquí hace radicar el papa la perenne indefectibilidad de la Iglesia. En este aspecto se encuentra también la solución de las distintas antinomias que presenta, como su visibilidad externa y profunda espiritualidad, su libertad y disciplina, su dimensión comunitaria y la constitución jerárquica, su santidad lograda y el continuo perfeccionamiento de sus miembros, su función contemplativa y la necesidad de acción exterior. Este concepto de Iglesia le inspira las líneas fundamentales de la añorada puesta al día que, ajustándose plenamente al diseño originario de su fundador, es impres-

---

[15] *Ecclesiam suam*, nn. 4, 17, 18, 29. En adelante ESE, 14.

[16] Ibid., 5.

[17] Ibid., 8..

[18] Ibid., 19 y 24.

cindible para asegurar una eficacia operativa en un mundo sometido a cambios incesantes[19].

3) Instrumento de salvación de los hombres. Es éste un rasgo definitorio de la Iglesia que la obliga a salir de su enclaustramiento para dirigirse al mundo en ademán de servicio permanente. Por eso la evangelización constituye «su identidad más profunda», como leemos en la *Evangelii nuntiandi*[20]. Con ello se da a entender que la Iglesia forma parte de la realidad del mundo cuyas vicisitudes padece y a cuyos éxitos contribuye en muy buena medida[21]. Hasta su conducta práctica se siente concernida no pocas veces por los avatares históricos que la llevan a actualizarse continuamente. «Hacer de la iglesia del siglo XX –escribe el Papa– más apta todavía para anunciar el Evangelio a la humanidad de este siglo», sacudido por cambios cada vez más amplios y profundos[22].

Dirigirse al mundo en ademán de servicio permanente

A Pablo VI no se le oculta que esta función propia de la Iglesia es fuente de interminables conflictos porque suscita posturas ambivalentes y contradictorias. En efecto, a la vez que no puede permanecer insensible a los cambios de la sociedad temporal, debe evitar a toda costa cualquier género de contaminación que la aparte de su verdadero cometido[23]. Su misión específica consiste en instaurar el Reino de Dios, cuyo núcleo principal «es la liberación de todo lo que oprime al hombre», es decir, el establecimiento de relaciones verdaderas y justas de los hombres entre sí y con Dios[24].

2. *Visión de Pablo VI de la sociedad actual*

Radiografía de la sociedad actual

Valiéndose del método introspectivo propio de la mentalidad moderna, Pablo VI compara la realidad eclesial con la sociedad de su época, en la que distingue las características siguientes: la duda permanente y la desconfianza en la razón[25], la autosuficiencia radical y el

---

[19] Ibid., 26, 30, 38.

[20] *Evangelii nuntiandi*, 14. En adelante EN.

[21] ES, 14.

[22] EN, 14; ES, 29.

[23] ES, 29.

[24] EN, 9, 18-20.

[25] Cf. G:B:MONTINI, *Sacerdocio...*, e.c., pp. 9, 221.

espíritu hedonista[26], las profundas trasformaciones y las rápidas alteraciones en el modo de pensar y de obrar. El papa es consciente de este estado de cosas producido por el progreso científico y social no menos que por las corrientes de pensamiento filosófico y político, cuyas consecuencias inmediatas son el secularismo radical, que hace incompatible a Dios con el hombre, y el consumismo que presenta lo inmediato como valor supremo para la persona[27].

Secularismo radical y consumismo

Enumera además otras características no menos fundamentales, como el rechazo del mensaje sobrenatural del Evangelio y el pesimismo y estéril resignación ante la fatalidad de los fracasos. «La humanidad, se lamentaba Pablo VI, que se exalta en un ingenuo optimismo creyendo que le bastan las propias fuerzas para lograr su expresión plena, estable y benéfica, se muestra adversa a la luz de la fe y al don de la gracia, al mismo tiempo que se deprime en un crudo pesimismo declarando fatales, incurables y acaso también deseables, como manifestaciones de identidad y libertad, los propios vicios, las propias debilidades, las propias enfermedades»[28]. La ruptura de la cultura actual con el Evangelio es considerada por el papa como el drama más angustioso de nuestro tiempo[29]. Se trata, en fin, de una sociedad completamente laicizada que reclama como propios los principios de la justicia, el respeto a la persona y la lucha por la paz, vaciándolos indebidamente de todo sentido cristiano[30]. Por eso Pablo VI denuncia al ateísmo militante, sobre todo en sus formas sociopolíticas, calificándolo de fenómeno más grave de la época.

La ruptura con el Evangelio: el drama más angustioso de nuestro tiempo

El hecho de la increencia no es vivido como actitud personal de indiferencia reducida al ámbito privado. Es, por el contrario, un programa de educación humana y política que, bajo apariencias liberadoras, intenta ofrecer una concepción científica de la realidad global que satisfaga las exigencias radicales del hombre y del progreso. La militancia atea es uno de los signos de los tiempos nuevos, tanto por su extensión –se adueña de continentes enteros y penetra en todas las

---

26 PABLO VI, *Siervos...*, e.c., p. 305.
27 EN, 55.
28 ES, 44.
29 EN, 20.
30 CF. PABLO VI, *Siervos...*, p. 374.

capas de la sociedad–, como por su fuerza cautivadora que afecta a los principios del pensamiento y a las normas de conducta. «No es una liberación, escribe en ES, sino un drama que intenta sofocar la luz del Dios vivo»[31]. A la postura atea equipara el papa la actitud de los creyentes no practicantes por los resultados negativos que comporta[32].

Pero con el rechazo y desacato de la fe, Pablo VI, excelente conocedor de su tiempo, enumera otro rasgo no menos evidente del hombre actual: la necesidad y deseo implícito de valores imperecederos representados por la Iglesia. Si es cierto que nuestro mundo se distingue por la autosuficiencia, no lo es menos que carece de la debida interioridad y, víctima de su propio egoísmo, se debate en la más completa ausencia de amor verdadero, única fuerza capaz de salvarlo[33]. En la misma ansiedad con que busca la novedad y persigue la utopía, late la necesidad de luz y de verdad salvadoras. Suspira por la paz y anhela la liberación, pero no las consigue.

Necesidad de luz y verdad salvadoras

«El mundo, escribía el entonces arzobispo de Milán, ese mundo que nos ignora, que se burla de nosotros, o nos declara inútiles e incómodos, o incluso nos considera enemigos, ese mismo mundo es el que nos desea y nos llama»[34].

Son los distintos sectores de la sociedad, el intelectual, el económico, el político, el industrial y el obrero, los que imploran la presencia y acción bienhechora de la Iglesia a través de sus sacerdotes. «Quizás sin saberlo él mismo, añadía el papa, pero con una voz que suena a lamento, que se transforma a veces en grito de angustia o en sollozo insensato», este mundo «está pidiendo la intervención de los ministros de la Iglesia»[35]. Parece paradójico, pero es así, reconocía también en la *Evangelii nuntiandi*[36]. Tenemos que decir, asimismo, que la propia historia se encarga de recordarnos el derecho de ciudadanía de la fe cristiana. Para bien o para mal, la mayoría de los hombres no puede vivir sin la presencia real de los valores religiosos. Sin religión y entregada

---

[31] ES, 74.
[32] EN, 56.
[33] G.B.MONTINI, *Sacerdocio*..., e.c., pp. 68-69.
[34] Ibid. P. 67.
[35] Ibid. P. 68.
[36] EN, 76.

Entregada a la diosa razón los conflictos se multiplican en la comunidad humana

la comunidad humana a la sola diosa razón, las inquietudes y conflictos, en vez de amainar, arrecian y se multiplican.

Abrumado por las graves decisiones que tiene que tomar a diario el científico, el mismo W. Heisenberg decía a este respecto: «Donde no existen directrices que señalen el camino, desaparecen a una con la escala de valores, el sentido de nuestro hacer y padecer y, al final, no puede haber más que negación y desesperación. La religión es, por tanto, el fundamento de la ética, y la ética, el presupuesto de la existencia» (citado por H. KÜNG, *¿Existe Dios?,* Cristiandad, Madrid 1979, p. 754).

Pablo VI está convencido de que en estos momentos de oposición, la Iglesia recibe una misteriosa llamada a cambiar de rumbo y a dirigir sus pasos hacia una civilización claramente refractaria y hostil a su mensaje[37]. Sabe, al mismo tiempo, que esa misión es competencia específica del sacerdocio ministerial, de los presbíteros, a quienes, como ministros de Cristo, corresponde impartir la ciencia de la vida: «Enseñar el verdadero valor de las cosas y el arte de hacer de ellas instrumento, no de potencia o goce egoísta y vicioso, sino de amor, de bien para todos», es misión del presbítero, recordaba en la homilía de ordenación de 1961[38].

Estos van a ser los presupuestos a los que tiene que ajustarse el sacerdote en su presencia a nuestra sociedad.

3. *El papel del sacerdote en el mundo contemporáneo*

Adelantamos la estructuración del presente apartado: 1) El sacerdote agente de evangelización. 2) Áreas de la evangelización. 3) El clima de la acción evangelizadora. 4) Reglas de la presencia del sacerdote en el mundo.

1) *El sacerdote es agente de evangelización*

La proclamación del Evangelio es, según Pablo VI, competencia específica del sacerdocio ministerial, pues en virtud de la ordenación sagrada el sacerdote deja de pertenecerse a sí mismo y de servir a inte-

---

[37] G.B. MONTINI, *Sacerdocio...*, e.c.., p. 68.

[38] Ibid., p. 69.

reses humanos particulares para dedicarse a la obra de salvación del mundo. Se convierte así en el vehículo humano a través del cual se perpetúa y prolonga en el tiempo y en el espacio la acción redentora de Cristo[39]. La palabra «diaconía», acuñada por la constitución *Lumen gentium,* se refiere directamente al ministerio de aquellos que en el pueblo de Dios ejercen funciones pastorales, de manera especial los obispos y los presbíteros (LG. 20. 24, 27, 29, 32; PO). Significa esto que la función del sacerdote se sitúa en el centro mismo de la obra evangelizadora. «Dentro de esta variedad de llamadas, específica el Pontífice, se distingue, por estar en el centro mismo de la prodigiosa y perenne aventura de la evangelización, la misión sacerdotal»[40].

Acción situada en el centro de la obra evangelizadora

Precisamente va a ser éste el aspecto mejor comprendido en la hora presente y el que viene a dar respuesta satisfactoria a la cuestión de su misma razón de ser, ya que la sociedad de hoy necesita como nunca al sacerdote en el amplio abanico de sus estratos: tercer mundo, juventud, intelectuales, obreros, enfermos, marginados etc. Si en el momento actual resulta incomprensible un mundo sin Iglesia, también lo es una Iglesia sin sacerdotes preparados y consagrados a esta fecunda misión. Pablo VI ve en los presbíteros la señal del amor de Cristo a la humanidad y el testimonio de la medida total con que la Iglesia trata de realizar ese amor que llega hasta la cruz[41]. Por eso los considera agentes principales del diálogo con el mundo moderno[42] y les confía un oficio más difícil que el de los llamados «siglos de fe»: el deber de sostener y alimentar la fe amenazada de los cristianos, de extenderla a ambientes menos propicios y de buscar a los distantes y alejados[43]. En una palabra, el sacerdote es el encargado de construir con el testimonio de su vida de fe la ciudad de Dios, la Iglesia, en la ciudad de los hombres. «Una entrega total, sin reminiscencias profanas, de modo que el anuncio del mensaje evangélico pueda ser contemplado, comprendido e imitado por los hermanos a través de vuestro testimonio personal», decía ya a los sacerdotes españoles en la canonización de san Juan de Ávila[44].

---

39 PABLO VI, *Siervos..*, PP. 119, 237, 399-400.

40 *Oración en la Jornada de las vocaciones 1976*, Ecclesia I (1976) 637-639.

41 PABLO VI, *Siervos...*, e.c., pp. 192-193.

42 MONTINI, *Sacerdocio...* e.c., p. 86.

43 PABLO VI, *Siervos...* e.c. p. 286.

44 Ibid., pp. 374-375.

En efecto, el testimonio de verdades trascendentes, núcleo del mensaje evangélico, sólo puede ser dado de manera eficaz por los sacerdotes, cuya misión entraña un carácter profético por excelencia[45]. De él debe nutrirse el diálogo que pide el mundo moderno, que no necesita pactos, sincretismos ni meras conveniencias, sino comunión espiritual auténtica y transmisión de valores imperecederos. Va a ser, por tanto, la forma de este diálogo la que determine, según Pablo VI, el papel del sacerdote en las diversas áreas del mundo cultural de hoy.

2) *Áreas de evangelización*

Humanidad, increencia... áreas de evangelización

Pero, ¿con quién tiene que dialogar la Iglesia? ¿Cuales son los campos de evangelización que corresponden al sacerdote? Los mismos, sin duda, que a la Iglesia; mas con la particularidad de que ésta, que se hace palabra[46], tiene por interlocutor a la humanidad entera en la inmensa variedad de estamentos y situaciones. «El diálogo de la salvación, leemos en ES, se hizo posible a todos; a todos se destina sin discriminación alguna; el nuestro, de igual modo, debe ser potencialmente universal [...] y capaz para entablarse con cada uno»[47].

Desde su atalaya romana, privilegiada y universal, Pablo VI contempla a los destinatarios del diálogo de la Iglesia y los ordena en «círculos concéntricos en torno a este centro en que la mano de Dios nos ha colocado»[48]. Describe cinco círculos formados respectivamente por la humanidad como tal, por la increencia, por el monoteísmo no cristiano, por los cristianos separados y por los creyentes católicos. Todos ellos constituyen el punto de mira de la acción apostólica del sacerdote.

El primero y más vasto de ellos, el área de lo humano, posee unos valores legítimos que la Iglesia comparte plenamente y se compromete a elevarlos en el sentido del Evangelio. «Está dispuesta a aceptar, es decir, a elevar al nivel sobrenatural y cristiano todo honesto valor humano y terreno, no somos la civilización, sino promotores de ella»[49].

---

[45] Ibid., p. 142.
[46] ES, 49.
[47] ES, 55, 68; EN, 49..
[48] ES, 71.
[49] Ibid., 72.

Este campo, que coincide con la amplia cultura humana, será objeto de preevangelización que, contando con los medios comunes de la ciencia, de la filosofía y del arte, es capaz de llegar al corazón del hombre y suscitar deseos de verdad y bondad evangélicas[50].

En el interior de este anillo periférico, Pablo VI enmarca el fenómeno sociopolítico del ateísmo. En él advierte un terreno propicio para la acción evangelizadora, la cual exige una nueva reflexión con el fin de descubrir los motivos de la militancia atea y responder con eficacia a sus exigencias de verdad, de justicia y de paz, haciendo pasar a sus secuaces de la inmanencia totalitaria a la trascendencia divina. Refiriéndose a este sector de la humanidad, el papa se preguntaba con esperanza: «¿No llegaremos a ser capaces algún día de volver a llevar a sus manantiales estas expresiones de valores morales?»[51].

En otro círculo más próximo al sentir de la Iglesia, se sitúan los que profesan un monoteísmo trascendente (hebreos y musulmanes), con quienes el papa cree posible un diálogo verdadero en orden a ideales comunes espirituales y morales[52].

Más cerca se encuentran «los que llevan el nombre de Cristo»[53]. El sacerdote está llamado a desarrollar entre ellos una acción pastoral eficaz con el fin de lograr la unidad en la verdad sobre la base del mutuo respeto, de la aceptación generosa de lo que une y de un estudio serio y profundo de las divergencias[54]. En este campo es posible un diálogo ecuménico sincero y caritativo.

Por fin describe el Pontífice otro sector de la pastoral donde desea que se haga especialmente presente la acción del sacerdote. Es el círculo de los creyentes católicos, cuyas relaciones internas deben estar marcadas «por el tono de espíritu propio de un diálogo entre miembros de una comunidad»[55]. Sin abdicar del ejercicio de la autoridad, imprescindible en el gobierno de la institución eclesial, Pablo VI basa esta acción apostólica en el respeto a las personas, en el servicio desintere-

[50] Ibid., 51.
[51] Ibid., 77, 78; EN, 55.
[52] ES., 81; EN, 52.
[53] ES, 88.EN, 78.
[54] ES; 82-86; EN; 54.
[55] ES, 88.

sado y en la solidaridad caritativa[56]. Su finalidad es fortalecer la fe asediada de los creyentes en peligro constante de asfixia e inanición ante los embates del materialismo reinante[57].

Pluralismo de formas y estilos sacerdotales

Este es el marco general, a cada uno de cuyos sectores debe responder el sacerdote con un modo de presencia especial dentro de un clima de ofrecimiento y acogida, más que de imposición y dictamen autoritario. Se impone, por tanto, un pluralismo de formas y de estilos sacerdotales, sin perder la unidad fundamental que dimana del sacramento del Orden y del mensaje evangélico.

3) El clima de la acción evangelizadora

Del magisterio de Pablo VI se desprenden cuatro elementos que determinan el clima pastoral del mundo contemporáneo: Claridad, afabilidad, confianza y prudencia[58].

Claridad, afabilidad, confianza y prudencia

Claridad, porque la acción apostólica va dirigida, en primer lugar, a la inteligencia y tiene por objeto comunicar verdades fundamentales acerca de Dios, del hombre y del mundo[59]. Ello supone una revisión conceptual y lingüística en aras de una mejor comprensión y adaptación a los oyentes, pero sin desvirtuar el mensaje ni vaciarlo de su contenido verdadero[60].

Afabilidad, porque la verdad anunciada no debe imponerse por la fuerza, sino por su riqueza interna y por la excelencia del ideal que propone.

Confianza, porque así lo requiere el propio valor de la palabra y la buena disposición de los interlocutores.

Prudencia, porque debe tener en cuenta la capacidad psicológica y la formación cultural de los destinatarios para dotar al diálogo de la flexibilidad suficiente que le permita adaptarse a la «índole del interlocutor y a sus circunstancias reales»[61]. Es una condición de orden antropológico exigida por la relación entre lo sagrado y lo profano, así

---

[56] Ibid., 88. 89.
[57] EN, 54.
[58] ES, 58.
[59] EN, 78.
[60] Ibid., 63, 65.
[61] ES, 56.

como por el dinamismo de la sociedad moderna más sensible que nunca a la libertad y dignidad del hombre[62].

El clima del diálogo es la amistad

Los elementos anteriormente enunciados se resumen en esta sabia palabra del papa: «El clima del diálogo es la amistad»[63].

4) *Reglas de la presencia del sacerdote en el mundo*

El clima que acabamos de describir, condición imprescindible de la eficacia apostólica, dicta unas normas muy precisas que regulan la actuación de los presbíteros en el mundo en la hora presente. Pablo VI las reduce a dos fundamentales: Equilibrio y unidad.

Las reglas de la presencia son el equilibrio y la unidad

a) *Equilibrio.* El equilibrio, tanto interior como exterior, viene exigido por la necesaria adaptación a las exigencias reales de los hombres y por la trascendencia propia del ministerio sacerdotal.

La evangelización pierde fuerza y eficacia, «si no toma en consideración, afirma el papa, al pueblo concreto al que se dirige» y «si no llega a su vida concreta»[64]. Significa esto que la adaptación al contexto cultural de tiempos y lugares es un imperativo de la tarea iluminadora de nuestra sociedad[65], pero sin que ello obligue a ceder a fáciles concordismos que desvirtúan la originalidad y autenticidad del mensaje cristiano[66]. El sacerdote está obligado, entonces, a mantener un justo equilibrio entre las exigencias legítimas de la vida moderna y los imperativos de su misión especifica. Tanto su talante apostólico como su actitud existencial basculan entre dos polos que, sin ser diametralmente opuestos, marcan direcciones distintas: la encarnación en el mundo y el sentido de trascendencia. La armonía entre ambos es la clave de su actuación y el eje de su espiritualidad. «El servicio del sacerdote que quiera permanecer fiel a sí mismo, escribía el papa en 1973, es servicio exquisito y esencialmente espiritual [...] contra las múltiples tendencias a secularizarlo, reduciéndolo a una función preferentemente filantrópica y social. Es precisamente en el área de las

---

62 Ibid., 56.
63 Ibid., 61.
64 EN, 63.
65 PABLO VI, *Siervos...*, e.c., p. 395.
66 Ibid., p. 302.

almas, dc sus relaciones con Dios y de sus relaciones interiores con los propios semejantes, donde se cualifica la función específica del sacerdote católico»[67]

Asimilación de la gracia y categoría moral: la santidad

El bautismo, primero, y la ordenación sacerdotal, después, marcan al presbítero con un sello indeleble que le impone fidelidad a la misión recibida y a la fuente de la misma. Representante de la Iglesia, tiene el deber profesional de sostenerla, edificarla y santificala. Compromiso sagrado, ciertamente, que lo lleva a estar en el mundo, pero sin ser del mundo[68]. Nadie ignora, por otra parte, que la complicada máquina de la acción pastoral no es eficaz por sí misma, sino por el fin sobrenatural que persigue y por la efusión de santidad del sacerdote, indudablemente más poderosa que cualquier medio técnico[69]. Ellos exigen del presbítero fidelidad al Evangelio, asimilación de la gracia de Cristo y una categoría moral nada común que se traduce por la palabra santidad. «Si todos los fieles, afirma el papa, están llamados a realizar en sí la plenitud de la vida cristiana, cuanto más el sacerdote, que debe ir por delante e instruir con el ejemplo, mucho más que con la palabra, al pueblo de Dios»[70]. Haciéndose eco del Concilio, Pablo VI reconoce que la santidad sacerdotal es obligatoria por ūn doble motivo: por la perfección propia de su estado y por la eficacia que de ella deriva para el ministerio[71]. En ella radican las expresiones más originales del apostolado y su más alta finalidad.

Presbítero, mediador y servidor

Pero todos saben que el presbítero no es un contemplativo solitario cuya vida discurre por caminos ajenos a los de la sociedad en que vive. Es, por el contrario, un mediador y un servidor[72] que debe comunicar a los demás el amor de que está inundado[73]. Ahora bien, mal podría cumplir esta misión, si no mantuviera el conveniente acercamiento para conocer las necesidades de sus semejantes, para experimentar en su propia vida los cambios y evoluciones de la sociedad y

---

67 Ecclesia 2 (1973) 1560-1563.

68 G. B. MONTINI, Sacerdocio..., e.c. pp. 109-111. 161.

69 Ibid., pp. 124. 214-215.

70 PABLO VI, *Siervos..*, e.c., p. 107.

71 Ibid., p. 114.

72 G. B. MONTINI, *Sacerdocio...*, e.c. pp. 55-57, 133.

73 PABLO VI, *Siervos...*, e.c., p. 28.

para escuchar la voz de todos dondequiera que se encuentren[74]. Son, por tanto, las necesidades de los demás, y no los propios gustos y aptitudes, los que configuran la existencia del sacerdocio ministerial, puesto que el mundo moderno necesita, como recuerda el papa, un apostolado capilar, tanto más valioso y fecundo cuanto más vivas y personales sean las relaciones del sacerdote con los destinatarios de su misión[75]. «Si hay un servicio que exija la inmersión de quien lo ejerce en la experiencia multiforme y tumultuosa de la sociedad, decía en la *homilía de ordenación de 1975*, más aún que el del maestro, el del médico, el del político, es el servicio del ministerio sacerdotal[76].

Ni que decir tiene que la sociedad actual está pidiendo al sacerdote un acercamiento sin reticencias y una intervención sin farisaicos miramientos, pero, al mismo tiempo, le exige que se inmunice contra la ola de contaminación que invade al mundo. El mismo ministerio que lo obliga a realizar una acción exterior y expansiva, le reclama una intensa vida interior. Se trata, sin duda, de una postura equilibrada y armónica que, superando ambivalencias de toda clase, responda por igual a la inmanencia postulada por nuestra cultura y a la trascendencia que entraña el misterio celebrado: «Somos hombres de nuestro tiempo, escribía el arzobispo Montini a los sacerdotes de Milán en 1958, Esto lleva consigo un esfuerzo de equilibrio muy crítico. Por una parte debemos estar cercanos, cercanísimos al mundo de hoy [...] Por otra, debemos desconfiar, defendernos, diferenciarnos. De un lado, dejarnos apresar; de otro, permanecer inmunes»[77]. De acuerdo con estos principios, Pablo VI desea que los sacerdotes de hoy cumplan con exactitud la famosa regla de san Gregorio Magno como garantía de la eficacia apostólica: *«Interiorum curam in exteriorum occupatione non minuens [...] et prae cunctis contemplatione suspensus»*[78]. Por eso ve en el equilibrio la norma primera de la actividad del sacerdote en el mundo.

El ministerio reclama intensa vida interior

---

[74] G. B. MONTINI, *Sacerdocio...*, e.c., p. 33.

[75] Ibid., p. 50.

[76] *Ministros de la palabra, de la gracia, de la caridad,* Seminarios, 21 (75), 226-229

[77] G:B: MONTINI; *Sacerdocio...*, e.c., p. 111.

[78] Citado por Pablo VI en G.B MONTINI, *Sacerdocio...*, e.c., p. 150.

b) *Unidad.* La unidad es la segunda regla de la vida sacerdotal. A ella vincula Pablo VI la suerte de la evangelización, ya que es imperativo del mismo Cristo y garantía de su mensaje y de su obra[79]. La unidad sacerdotal, en su diversidad de matices e implicaciones, comporta dos aspectos fundamentales: sentido comunitario y solidaridad práctica. Ambos, a la vez que expresan el grado de unión del sacerdote con Cristo, comportan una serie de manifestaciones que refuerzan el sentido jerárquico de la Iglesia y los vínculos del cuerpo sacerdotal, como son la prontitud para el servicio, la compatibilidad de criterios y la oración común. De este modo se visibiliza hoy y cobra palpitante actualidad el gesto de los primeros cristianos que tenían «un solo corazón y una sola alma» (At 4, 32)[80].

Sentido comunitario y solidaridad práctica

Pablo VI no duda en atribuir a esta unidad un carácter jerárquico, ya que es deseo expreso de Cristo, *Ut sint unum* (Jn 17,22), que culmina en la misma constitución de la Iglesia. Para su justificación y reforzamiento, cuenta el papa con dos factores de inestimable valor: la doctrina conciliar, que subordina el orden presbiteral a la misión episcopal[81], y el reconocimiento práctico de esta solidaridad, que cristaliza en la figura del «presbiterio» diocesano, avalado por la constitución *Lumen gentium* (LG, 28)[82]. Pablo VI considera a éste último como instrumento adecuado para animar al cuerpo sacerdotal, porque, además de no paralizar el ejercicio carismático de la autoridad con imposiciones de un pluralismo ideológico que brota de la base, agiliza la colaboración entre obispos y presbíteros en un espíritu democrático auténtico. Sólo de este modo se hace posible una adecuada planificación pastoral que tienen en cuenta la equitativa distribución de las personas y posibilita una mejor utilización de las iniciativas y de los medios. La eficacia de su funcionamiento se mide por sus resultados. Se trata sencillamente de dar cauce a la corresponsabilidad activa de todos los miembros de la Iglesia, teniendo en cuenta que el monopolio de las iniciativas no es patrimonio sólo de la autoridad. Como recuerda el P. Congar, existe una *via facti* que se adelanta a los máximos responsa-

Presbiterio diocesano, animador del cuerpo sacerdotal

[79] EN, 77.

[80] G: B: MONTINI; *Sacerdocio...*, e.c., 97-103, 155-157; PABLO VI, *Siervos...*, e.c. 132.

[81] PO, 2, 6.

[82] PABLO VI, *Siervos...*, e.c., 133-134.

bles y rotura nuevos caminos para crear y adaptarse a situaciones concretas[83].

A la luz de este espíritu comunitario, Pablo VI aborda otros problemas de la vida sacerdotal que están pidiendo una solución más acorde con los tiempos nuevos, como son las condiciones económicas de los presbíteros, su vida en comunidad, la formación permanente del clero, la creación de Iglesias nuevas, la asistencia a los marginados. El Papa reconoce que es llegada la hora de reanudar, en conformidad con este espíritu, toda clase de apostolado, todos los ministerios y todos los afanes pastorales[84] con el fin de «edificar la Iglesia», dotándola de la unidad de objetivos y de planes articulados bajo la dirección del único arquitecto y constructor indefectible, Cristo[85].

Reanudar todo apostolado para «edificar la Iglesia»

Comentando estos textos, el cardenal Pironio escribe lo siguiente: «El sacerdote es comunión: con Cristo muerto y resucitado, con la totalidad del pueblo de Dios, con el mundo que espera la salvación. El sacerdote es el hombre particularmente elegido por Cristo y configurado por el Espíritu para hacer y presidir la comunión»[86].

Sin entrar ahora en otros aspectos muy sustanciosos de la vida sacerdotal en la hora presente, como pueden ser la vivencia del celibato y la especial presencia en el mundo del trabajo, resumimos, a modo de conclusión, la enseñanza de Pablo VI sobre la dimensión social de la existencia presbiteral. Pero antes recordamos dos afirmaciones suyas muy significativas respecto del celibato y de los sacerdotes obreros. En cuanto a lo primero, en un alarde de exquisita prudencia y de comprensión excepcional, el papa hacía a los obispos la siguiente recomendación: «No dejaréis de tentar nada para cultivar asiduamente en vuestro clero, con vuestra doctrina y prudencia, con vuestro fervor pastoral, el ideal sagrado del celibato; y no perderéis jamás de vista a los sacerdotes que han abandonado su verdadera casa, sea cual sea el éxito de su dolorosa aventura, porque ellos siguen siendo por siempre hijos vuestros» *(Sacerdotalis coelibatus,* 95). A los sacerdotes obreros les decía:

---

[83] Y. CONGAR, *Vraie et fause Réforme dans l'Eglise*. Ed. Du Cerf, París, 1968, p. 183 ss.

[84] PABLO VI, *Siervos...*, e.c., 137.

[85] Ibid., p. 136.

[86] PABLO VI, *Siervos...*, p. 425.

«¿Cómo no ver en vosotros y en tantos hermanos vuestros, y cómo no alentar con la autoridad de nuestro mandato apostólico una vocación distinguida dentro del sacerdocio católico, un ministerio providencial y valiente, una solicitud que trata de adecuarse continuamente a sus graves responsabilidades para poder dar fraternal y autorizadamente una respuesta cristiana a los interrogantes y a las exigencias del obrero?»[87]. ¿Cómo resuena hoy y a dónde llega, nos preguntamos ahora, el eco de esta voz prodigiosa?

Sacerdote, padre, maestro, hermano y amigo

Por lo que se refiere a la dimensión social de la vida del sacerdote, debemos recordar que, además de ser hombre de Dios y persona cualificada en el orden moral, el presbítero está llamado a ser padre, maestro, hermano y amigo. Es el hombre de las dos orillas que, al mismo tiempo que se identifica con los hombres, sabe distinguirse de ellos, porque debe penetrar en la vida de todos para liberarlos y reintegrarlos en la unidad de Cristo. Desempeña el papel de obrero especializado que, iniciado en las sutiles fenomenologías del espíritu y experto en problemas de humanidad, sabe aportar a cada uno lo que realmente necesita, sin timidez ni simulaciones artificiosas, sino sirviendo sin mandar y dando sin recibir[88].

Terminamos ya nuestra exposición recogiendo un deseo que Pablo VI no vio plenamente satisfecho en sus días. A pesar de las innegables conquistas de la teología del sacerdocio y de la praxis de la Iglesia, el papa no dejó de lamentar dos hechos característicos de su época: la incertidumbre de los presbíteros sobre su propio estado y la defección de no pocos en sus compromisos sagrados. Era consciente de lo mucho que se estaba haciendo para solventar el problema, pero reconocía al mismo tiempo su inmensa complejidad. Veía con buenos ojos las nuevas estructuras que se fraguaban, aprobaba las orientaciones de los dicasterios romanos para el estilo de vida de los seminarios y para los organismos presbiterales en las diócesis, alentaba a las conferencias episcopales a estudiar la manera de hacer más satisfactoria la vida de los sacerdotes y más eficaz su labor; pero intuía que la renovación espiritual y canónica del clero exigía más estudio y mayor tesón hasta

---

[87] ID:, *Siervos..*, e.c. 266-267.

[88] G. B. MONTINI, *Sacerdocio...*, e.c., 251.

culminar en la promulgación de un estatuto regulador de la vida y acción de los presbíteros en el mundo contemporáneo[89].

Han pasado los años y, aunque parece que ha amainado el temporal, creemos que las puertas permanecen abiertas a un ordenamiento práctico –nuevo estatuto– que canalice la presencia misionera del sacerdote en la vida profana y regule la participación en la común responsabilidad como exigencia de la evolución irreversible del mundo de cara a la cultura de este milenio. El material básico para esta construcción lo ofrece el magisterio del papa Montini, pleno de actualidad y vigencia.

[89] PABLO, VI, *Siervos...*, pp. 350-351.